



XIX

En toda la población no se hablaba más que de la próxima partida de la familia Collantes, y muchas personas se preparaban á comprarle, por una bicoca, útiles y muebles domésticos, que, en circunstancias tales, suelen ser vendidos á bajísimo precio.

Doña Carmen no había puesto en venta cosa alguna, ni había dicho que vendería nada; pero, á pretexto de comprar algo, iban y venían gentes, y aquella casa, de ordinario tranquila y silenciosa, y donde, desde el fallecimiento de don Ramón, no sonaba el piano, y cuenta que tanto Elena como Margarita eran habilísimas tocadoras, parecía iglesia franciscana en día de Po:ciúncula.

Aquello era un suplicio diario para doña Dolores y para sus hijas.

—¡ Ya me tienen cansada estas gentes!
—decía Margarita, siempre que se veía obli-

gada á recibir á alguna persona—; Ya esto no se puede sufrir! No parece sino que hemos puesto papeles en cada esquina, y que hemos hecho saber al vecindario, por voz de pregonero, que nos vamos pronto; que vamos á sacar á pública subasta todo cuanto tenemos, todo, hasta la dulce esperanza de ganarnos el cielo!

Otros iban á tomar lenguas, fingiendo que, necesitados de mudar de casa, y sabedores de que aquella sería desocupada en breve, iban á verla, por si acaso les convenía.

De estas personas fueron las Castro Pérez, quienes llegaron acompañadas de don Quintín Porras, el cual había venido de Villaverde con el único objeto de presentar sus respetos al señor don Juan, su buen amigo y poderdante.

No eran las Castro Pérez muy de la devoción de las Collantes. Recién llegadas á Pluviosilla, y con motivo de un concierto organizado por la Conferencia de la Parroquia, y en el cual tocó Margarita, y tocaron el piano las Castro Pérez, las Collantes hicieron amistad con ellas; pero el carácter de éstas, su frivolidad no atenuada con los años, su ligereza para hablar de todos, recrudescida en ellas por desventuras domésticas, no placieron ni á doña Dolores ni á sus hijas. Una y otras resolvieron alejarse de sus nuevas amigas, se alejaron, y el fallecimiento de don Ramón vino á completar

el alejamiento de modo definitivo. Las Castro Pérez no se dieron por entendidas de la conducta de las señoritas, pero en distintas partes, en casa de las López, en casa de Arturo Sánchez, en donde concurrían á diario, y en la casa de Concha Mijares, la "monologuista," dijeron, y decían horrores de las pobres muchachas. De orgullosas, altivas, tontas y cursis no les bajaban un punto.

Llegaron con Porras, quien, según su costumbre, se mostró fino, cortés, afable y discreto, y mientras sus amigas charlaban, preguntaban é inquirían cuanto les pareció conveniente acerca de la partida de la familia, él veía, oía y callaba, se hacía la gaita mansa, y se imponía de todo. Llegó en su corrección hasta desaprobar con un gesto ciertas indiscretas insinuaciones de las Castro Pérez, movió la cabeza como diciendo: "¡Qué criaturas! ¡No tienen remedio!" y siguió en beatífica contemplación, atuzándose los bigotazos, como un feino que se limpia la geta amodorrado.

Pero tanto doña Dolores como sus hijas hablaron poco respecto de su viaje. A todo respondían con monosílabos, procurando no aflojar el ovido. Dijeron que, si acaso, el viaje sería hasta pasado el invierno; que por ahora no pensaba en vender nada, y que, probablemente se llevarían todo.

Pero Margarita estaba impaciente, y al

despedirse el tabelión y sus compañeras, apenas abrió los labios, como para hacer comprender que aquella visita no había sido de su agrado.

Ya doña Dolores se había puesto á la obra. Silenciosamente, poco á poco, y ayudada por Asunción y Teresa, principió á empacar cosas y muebles del comedor. "Más vale—decía—llevarse todo esto que malbaratarlo!"

Algo debía la familia, dos ó tres meses de renta de casa, y un pico de treinta ó cuarenta pesos en el comercio, en una tienda de telas y sedería donde las señoritas compraban cuanto necesitaban para los vestidos que hacían. No parecía sino que las Collantes iban á desaparecer por ensalmo y que se irían sin liquidar sus deudas.

Doña Dolores pagó todo. Entonces el dueño de la casa, que no creía en el aplazamiento del viaje, exigió la pronta desocupación de ella, por tener quien la quisiera con insistencia, y le ofreciera el doble de lo que al presente rentaba cada mes, y, además, se comprometía á tomarla en arrendamiento por seis años, corriendo por cuenta del inquilino reposiciones y pago de impuestos.

Doña Dolores manifestó que á lo más permanecería en aquella casa dos meses. El dueño insistió en la desocupación, y como ésta no era posible en tan corto tiempo, la dama se vió obligada á pagar cuanto le pe-

dían, esto es, el doble de cuanto desde hacía tres años había pagado, y sólo dos veces con algún retardo.

Las señoritas tuvieron que comprar telas y cintas, fueron á la tienda, y volvieron á su casa de lo más contrariadas: todo había subido de precio. Lo que antes valía cinco duros, ahora, para ellas valía diez.

El tendero y el propietario tenían razón: creían que á la familia Collantes le había caído el gran premio de la Lotería de Madrid, ó, por lo menos el de la Lotería Nacional, esto es, que, de un día para otro, había enriquecido hasta la opulencia.

Pronto doña Dolores se dió cuenta de lo que pasaba; ordenó á Pablo que renunciara su empleo, aceleró el trabajo, á fin de estar lista para irse, y escribió á su cuñado la siguiente carta:

"Querido Juan:

"Me apresuro á escribirte, á pesar de que no he recibido carta tuya, para informarme de la salud de ustedes y saber si llegaron sin novedad, si están contentos y si alguno no se ha enfermado en ese Méjico, donde hay tantos tifos y tantas pulmonías. Si alguno se enferma, por telégrafo me lo avises para ver si en algo puedo servirles. Me estoy imaginando que ni Carmen, ni María, ni los muchachos estarán contentos en esa ciudad.

"Para los que vamos de aquí es muy bonita; pero para los que vienen de París parecerá muy fea.

"Conforme á lo que arreglamos, ya Pablo se separó de la Fábrica. Mucho lo han sentido los Jefes. Querían aumentarle el sueldo, con tal que se quedara, pero mi hijo no quiso.

"Como lo que ha de ser tarde que sea temprano, ya estoy quitando la casa. Creo que para fines de Junio, que ya está encima, pues mañana es día último (por cierto que la función del mes de María va á estar muy solemne en Santa Marta) de manera que procura, si en ello no te soy molesta, buscarme la casa. Recuerda cómo la quiero. Nada de lujos, hijo, que para lujos no estamos, y que sea limpia y sana. Que averigüen si en ella no se ha muerto alguno de tifo.

"La mesada puedes mandármela por el Express Wells Fargo. Tal vez necesite más dinero para algunos gastos indispensables, porque con lo que me dejaste acaso no me alcance para ciertos gastos. Si lo necesito te escribiré, aunque me dará pena molestarte.

"El P. Anticelli me encarga que te salude. Dice que á tus oraciones se encomienda.

"Mil cosas de todos para tí, para Carmen, para María y para los muchachos.

Nuestros recuerdos al Dr. Fernández, y al Sr. Linares díle que nos dijeron unas

amigas de Villaverde que su pariente y to-cayo estuvo enfermo, pero que ya está bien.

"Sabes te quiere tu agradecida cuñada

Dolores."

P. S.—A Carmen que me mande los rosarios de Lourdes que nos ofreció.

Ya sabes la casa: Calle quinta de Santa Marta, núm. 12.





XX

Las campanas de Santa Marta repicaban alegremente. ¡Y cómo no habían de repicar así en vísperas de fiesta tan solemne! Al día siguiente, el último de mayo, había de celebrarse en el aristocrático templo de los jesuitas, la conclusión del mes de María, y, como de costumbre, si la función de la mañana sería verdaderamente clásica, no menos había de serlo, en la tarde, la distribución final.

El capellán de Santa Marta, lo mismo que su compañero el P. Anticelli, eran personas de esas que saben hacer las cosas, y las hacían por modo tan serio y tan grave y tan suntuoso, que las funciones de su templo causaban celos á los clérigos de la turrída ciudad, y ponían envidia en los capellanes de las demás iglesias de Pluviosilla.

—¡Ya se ve—solían decir los envidiosos—como que para los padres de Santa

Marta todos los ricos tiene la caja abierta!
¡Así nuestro garbo las pesca!

Lo cierto es que los excelentes padres de la Compañía nada pedían para ellos; que todo era para su iglesia y que se gastaban el dinero con tino y habilidad; que sabían guardar y conservar cuanto les daban ó adquirían para su templo, y que empleaban acertadamente el dinero. Por ese motivo siempre tenían con que adornar sus altares, y por eso eran tan espléndidas las funciones de Santa Marta. Allí todo lo hacían los padres auxiliados por los sacristanes, y allí no ponían mano beatas caprichosas é intrusas.

El culto en Santa Marta no tenía rival en toda la ciudad. . . . ¡Qué había de tenerle! Si de ordinario era decoroso y decente, en las grandes solemnidades, en la fiesta de la Virgen de Lourdes, en los días principales de la Semana Santa, en la festividad de los Dolores de Nuestra Señora, el Viernes de Lázaro y la noche de Navidad, el templo aparecía magnífica y regiamente decorado; los maitines y la misa revestían cierta severa solemnidad, cierta majestad incomparable, que hacían por extremo simpáticos los ejercicios piadosos y grandemente amables las prácticas religiosas.

Dicho queda que en aquel tiempo concurrían las señoras más distinguidas, calalleros muy principales, y las señoritas más hermosas y elegantes. Unas y otros tenían en

los capellanes de Santa Marta discretos amigos, prudentes virtuosos consejeros, y sabios confesores. ¡Qué mucho que fueran tan queridos y que para cualesquiera obras, para todas las fiestas y para todas las hermandades contaran con la cooperación y el auxilio de las personas más conspicuas de Pluviosilla, sin que por esto no fuesen respetados y queridos de las demás clases sociales, hasta las más humildes, las cuales tenían en los excelentes jesuitas cariñosos y caritativos protectores.

Muy diligente andaba Margarita ese día. Tempranito se fué á Santa Marta. Fuese con Elena, á eso de las seis de la mañana, para oír la misa del P. Anticelli, buen madrugador, como buen jesuita, y para recibir el Pan Eucarístico. Volvieron á las ocho, se desayunaron, y. . . . otra vez á la iglesia!

—Yo iré esta tarde—decía doña Dolores.

—Pues yo ahora y esta tarde. . . !—replicaba la blonda señorita—Acaso sea esta vez la última que asista yo á en Santa Marta á la fiesta de este día. En Santa Marta hice la primera comunión, y allí fué depositado el cadáver de papá. . . . Esa iglesia tiene para mí tan dulces recuerdos!

Y se fué. Pero, eso sí, á las doce ya estaba de vuelta. Cuando llegó ya la esperaban tres amigas: Lupe Castro, Marta Pérez y Clara Ferrer. Conchita Mijares le había

ofrecido ir, pero la esperaron inútilmente. el teatro casero de Arturo Sánchez la traía llena de quehaceres.

Las tres amigas de Margarita, compañeras de Colegio, condiscípulas suyas, y como ella "hijas de María" y asociadas diligentísimas de la "Guardia de Honor" y del "Apostolado de la Oración," aguardábanla impacientes, entre muchos cestos de flores; azucenas, solamente azucenas, azucenas blancas, acabaditas de cortar, y frescas, fragantes, embriagadoras, destinadas todas ellas á la distribución final del mes de María.

Mudóse Margarita de vestido, y volvió precipitadamente al corredor.

—¡El altar está lindísimo! ¡Ya se lo dije al P. Anticelli! Entiendo que no le faltan flores... Pero mandaremos algunas más frescas para los tibores de la escalinata. Las que están puestas allí me parecen marchitas ó languidescentes, como que anoche y esta mañana han estado entre más de cien bujías. Los candelabros esos que regaló el señor Fernández, ¡y qué candelabros! tienen muchos arbotantes, como treinta, y cada arbotante sostiene dos velas. ¡Figúrense ustedes, muchachas, si habría calor bastante para que se marchitaran las flores!

—¡Margot!—replicó Clarita Ferrer, una chiquitina vivaracha, lista, inquieta y ner-

viosa, en cuyos ojillos negros y luminosos centelleaba insaciable curiosidad, y en cuyas pupilas parecían asomar diablillos traviesos —¡Margot, que te hablo! Estás mal informada. Dices que esos candelabros de cristal los regaló el Sr. Fernández, el papá de tu amiga Gabriela, la sobrina de ese señor canónigo que dijo el otro día la misa de difuntos? Pues si tal te han dicho, te engañaron. Esos candelabros...

—¡Esos candelabros,—interrumpió Lupita Castro, una morena altiva, de tez tostada, airosa de porte y de ardoroso mirar,—esos candelabros tienen origen novélesco... ¡Conozco esa historia!

—Deja que yo la cuente, que la sé muy bien!—saltó diciendo Martita Pérez, una rubia desteñida, de ojos garzos faltos de expresión y muy dada á los relatos sensibleros.

—No, replicó Clarita Ferrer,—que he de contarla yo! ¡Yo la he de contar!

—Si vas á leer páginas de ajena vida, y páginas que deben quedar ignoradas... no, por Dios!

—¡Nada de eso, Margot! ¡Nada de eso! Ya sabes que no me gusta comer prójimo... Muy al contrario de lo que te supones. Lo que voy á decir honra mucho á quien hizo el obsequio de esos candelabros.

—Bien,—contestó Margarita—dí, pero sin mentar nombres...

—Entiendo: se dice el milagro pero no el santo. Conformes. Pues, en pocas palabras: unos novios... Ella de aquí, y linda como un sol; él extranjero y guapo; él como loco; ella lo mismo. Las familias de ambos muy contentas, como que él valía tanto como ella, y la pareja resultaba encantadora!... El, por deberes de su profesión y por anteriores compromisos, (era francés é ingeniero.) tuvo que irse á Europa. De allí pasó á Africa, á las obras del canal de Suez... y no volvió!... En vano le estuvo esperando... ella. (Ya se me iba á escapar el nombre) Nadie dió aviso de que el gallardo caballero había muerto, como dicen las novelas, en las arenas líbicas... y...

—Bueno: ¿y los candelabros?—preguntó Margarita.

—Los candelabros fueron comprados con una joya que la señorita había recibido en años felices, y regalados á la Virgen de los Dolores, en memoria del ausente.

—¡Enteradas!—exclamó Margarita.—Ahora, ¡á trabajar!

Y las cuatro señoritas, con ayuda de un criado, principiaron á separar las flores. Apartaron primero las más hermosas y raras, aquellas que tenían cuatro ó cinco azucenas, cuyas copas alargadas y niveas acababan de abrirse; después las que habían de ser colocadas en los tiores; y al últi-

mo aquellas que las chiquillas habían de llevar en la procesión. El resto sería ofrecido ante el altar, en cada misterio del rosario, y á cada invocación de la letanía lauretana.

Margarita y sus amigas clasificaron las flores, despojando de hojas los tallos y desechando las amarillentas ó marchitas, que eran pocas. Todo fué colocado nuevamente en los cestos, rociado con agua fresca, y remitido á Santa Marta.

Durante esta poética, aunque penosa faena, Margarita estuvo silenciosa. No sabía darse cuenta del presentimiento que la tenía sobresaltada, ni de la honda tristeza que llenaba su corazón y que se iba señoreando de su alma. ¿Eran memorias infantiles, recuerdos de la niñez, traídos á su mente por la fiesta del día? ¿Se acordaba de los días en que con otras chicuelas de su edad, vestida de blanco como las otras, y luciendo el velo de las vírgenes y el vestido blanco de las desposadas, concurría en Santa Marta llevando haces de lirios? Allá en el fondo de su mente, entre sombras y nieblas, flotaba indecisa, vaga y misteriosa claridad, cierto albor de aurora que á las veces crecía y se hacía distinto, pero que de repente se perdía entre gasas oscuras para volver luego á aparecer y borrarse en seguida... Y el corazón le palpítaba agitado é inquieto, como si estuviera sobrecogida de espanto... Así durante la dilatada labor. Al concluir

respiró ampliamente y se sentó á descansar, mientras sus compañeras hacían el envió. Entonces cerró los ojos, ansiosa de descubrir algo en aquella claridad misteriosa de su pensamiento. ¿Qué vió? ¿Qué miró? Dulce sonrisa pasó como un relámpago por los labios de la doncella....

—¡Cosa más rara!—pensó—¡Si me habré embriagado con el aroma de las azucenas! Me parece que he visto dibujarse, á través de ese albór cambiante, la figura de Alfonso.... Pero.... ¿por qué tanta tristeza? No parece sino que estoy delirante.... ¡Vaya! ¡Como si hubiera tomado opio!

Y risueña, jovial, invitó á comer á sus amigas:

—¡Sí, sí, y sí!—afirmaba.—Comerán acá, nos harán compañía, y después nos iremos á Santa Marta. Necesitamos llegar á buena hora para la colocación de las niñas.

Las señoritas accedieron al ruego de su amiga. Margarita seguía siendo presa de tristes presentimientos, y no quería quedarse sola con su familia. Necesitaba á su lado personas bulliciosas que la distrajeran, y que apartaran de su mente aquellas fúnebres ideas que la tenían sobresaltada.

—Ven, Lupe;—dijo cariñosamente, abrazando á su amiga y llevándola hacia el comedor.—ven; ya me contarás ahora, durante la comida, y punto por punto “la novela de los candelabros!”



XXI

Después de la comida se charló en la sala gratamente, y por primera vez, después de tres años de silencio el piano dejó oír su voz. Martita le abrió, y se dispuso á tocar.

—¿Qué vas á hacer?—gritóle Margarita desde el sofá.

—¡A tocar!—respondió la joven, con impasibilidad estoica.

—¡No, por Dios, mujer! No toques....

—¿Que no toque? ¿Por qué?

—Porque....

No dejó Marta que su amiga le contestara, y tras rápido registro que acusó torpezas del teclado, con heroico brío, con varonil pujanza, la parlanchina joven principió á tocar un vals alemán, estremecedor y brillante, cuya primera parte se desarrollaba en frases apasionadas, profundamente melancólicas, que hacían lentas y poco á poco se iban moviendo más y más, y crecien-

do en majestuosa amplísima espiral, y para cuyo ritmo parecían estrechas las inmensidades del cielo.

—¡No sigas! ¡No sigas!—exclamó Margarita, levantándose del sofá.—¡No sigas, por Dios, que me estás haciendo mucho mal!

Y corrió á colocarse detrás de su amiga. Acaricióla, y mientras besaba en las mejillas á la tocadora y ésta apartaba las manos del teclado, la blonda señorita cerró lentamente el piano.

—Me hace mal oír música.... Más de tres años hace que este piano no sonaba!...

Y como Marta insistiera en tocar, Margarita siguió suplicándole penosamente que no lo hiciera.

Doña Dolores, sorprendida y contrariada, apareció en la sala:

—Sigán tocando.—dijo—¡Siga vd., Marta, siga vd!

—¡Margot no quiere!—murmuró la joven.

—Confieso que no esperaba oír música en casa.... Pero alguna vez había de ser! Siga vd. Oigamos ese vals....

Marta consultó con una mirada la voluntad de su amiga, la cual contestó con leve movimiento de cabeza, con un ademán negativo, á la par que con la melancólica tristeza de sus magníficos ojos azules.

Las campanas de Santa Marta soltaron un repique.

—Ya nos llaman!—murmuró Elena.—Es preciso irse....

—Vayanse ustedes—contestóle doña Dolores—que allá iré yo!... Estoy en espera de Pablo, que ha debido comer con varios amigos, y con quien necesito hablar. ¿No han visto ustedes si ha pasado el cartero?

—¡Aun es temprano, mamá!—respondió Margarita.

—Las cuatro jóvenes se levantaron y se dirigieron á las habitaciones interiores. Elena, al sentir que se alejaban, dejó su asiento, y apoyándose en los muebles, fuese en pos de sus amigas y de su hermana. A poco iban ya caminito del templo. A la sazón que pasaron por la oficina de Correos, comenzaban á salir los carteros para hacer el reparto vespertino.

—Preguntaremos—dijo Margarita, parándose cerca de la esquina—preguntaremos si mamá tiene cartas. Aquel es el cartero de nuestro barrio....

El empleado postal, un joven pálido á quien le caía muy bien el uniforme azul, venía por la ácerca opuesta, muy abrumado con su repleta bolsa, y trayendo en la mano muchos pliegos y algunas cartas.

Las jóvenes le llamaron con una mirada. El mozo atravesó la calle y se detuvo respetuosamente delante de las señoritas.

—¿Tenemos algo?—le dijo Margot.

—Creo que sí,—contestó el interpelado

buscando en la bolsa... Una carta para usted... y otra para la señora....

—Pues venga la que es para mí!—se apresuró á decir Margarita.—La otra lléve-la usted á mamá que está en casa esperándola. Venga la mía.

Pensó la joven que el cartero vacilaba en darle la carta, y dijo:

—¿Me conoce vd., no es verdad?

—Sí, señorita!—murmuró entre dientes el empleado.—Tenga vd. su carta.

Recibióla Margot, leyó el sobrescrito, vió atentamente la nema en la cual aparecía realzado un monograma azul y oro, y se puso encendida como una amapola.

—¿De quién es esa carta?—preguntó Elena.—¿De Juan ó de Alfonso?

Las amigas se miraron de modo malicioso.

—Ni de Alfonso ni de Juan. Es de María,—respondió Margot con entereza, sintiendo que el corazón le palpitaba apresuradamente, y guardóse la carta en el libro de misa, en el cual venía enredado con dos ó tres vueltas un rosario de nácar.

Soberbio aspecto el de aquel altar de Santa Marta. El templo estaba lleno y trábajo tuvieron las señoritas para encontrar asiento y hallar un sitio cómodo para Elena.

El P. Anticelli estaba en el púlpito rezando el rosario. Cesaron las preces del pe-

núltimo misterio, y el armonio llenó el recinto con dulce devota melodía. Una voz infantil cantaba:

“Tú, el ánfora de mirra,

Tú, cáliz de pureza....”

Resplandecía el altar con mil bujías de cera; ardían gruesos cirios en los blandones, y en el templete aureo del altar, de en medio de inmenso ramo de lises blancas surgía la estatua de la Inmaculada como luna llena en glorioso irisado celaje.

Había azucenas por todas partes: en el altar; en grandes jarrones; en guirnaldas soberbias en la cupulilla del templete; en ricos tibores colocados en las gradas y en la balaustrada del presbiterio, y hasta en las velas, en graciosos ramilletes atados con cintas de raso, lucían las simbólicas flores sus alburas de nieve.

Estaba expuesto el Sacramento en la mesa del altar, delante del tabernáculo, entre candelabros de cristal, opulentos de prismas, de luces y de cambiantes espectrales: la custodia resplandeciente irradiaba deslumbradora sobre los blancos lienzo que cubrían el ara.

Hacia el centro de la iglesia, en dos bancos paralelos, que dejaban libre el camino hasta el altar, extendíase algo como una legión de ángeles, algo que semejava pra-

dera de lirios mecidos por el viento de una mañana primaveral, centenares de niñas vestidas de blanco, ceñidas las sienes con flores blanquísimas y envueltas en largos vaporosos velos.

Tres notas fuertes hacían resaltar la celeste blancura del conjunto, tres monaguillos vestidos de rojo que estaban arrodillados en la grada superior del presbiterio.

Margarita pasaba las cuentas de su rosario, ansiosa de acabar los cuatro misterios ya rezados por los fieles allí reunidos, para igualar sus preces con las del sacerdote. Rezaba con devoción, pero su mente no estaba en el templo, ni sus ojos podían fijarse en el Santísimo. Sus labios repetían la salutación angélica, pero el pensamiento no vibraba al unísono con las palabras. Su alma curiosa estaba muy distante. Margarita hacía esfuerzos supremos para domoñar su fantasía rebelde y caprichosa, y hasta se mordió los labios para castigarse... pero todo fué en vano, todo era inútil...

Comenzó la letanía. Místicos acordes bajaban en torrente del coro, el pueblo contestaba, y la fe desgranaba una á una su guirnalda de rosas lauretanas... "Domus arrea... Foederis arca... janua coeli..." cantaban arriba; "ora pro nobis" repetía el pueblo; los turibulos mecidos dulcemente inundaban el recinto de vagarosas nubes de incienso, y la joven se desesperaba afli-

gida por su falta de devoción y por las arideces repentinas de su alma.

—¡Fantasía rebelde! ¡Fantasía indómita! ¡Con razón alguno te ha llamado la loca de la casa!—pensaba Margarita, al considerar cómo su imaginación irreparable iba de aquí para allá. Se le escapaba del templo y huía á través de los valles de Pluviosilla, y escalaba montañas y salvaba cordilleras... más rápida que el sonido y que la luz. Hacía un esfuerzo y conseguía traerla, y al parecer sojuzgada y vencida reposaba un instante en las imágenes, en el altar, en la custodia resplandeciente, en la hostia purísima, prodigio inefable de poder y de amor... Pero luego, á poco, se le huía, y, como pajarillo fugitivo, volaba por las cornisas colgadas de terciopelo azul; iba á posarse en las arañas resplandecientes, ó se escondía en las espesuras de los ramilletes. Las luces le traían á la memoria bailes suntuosos y ricos banquetes; las flores, días primaverales, jardines en que abril prodigara sus maravillas, giras alegres y jubilosas á través de campos embalsamados por las rosas nuevas; la veste nívea y los velos vaporosos de las niñas, gráciles y felices desposadas... No pudo más. Aquello, sin duda era una tentación... Oro, oro aterrorizada, grato frescor inundó su alma... y se sintió tranquila.

—¡Y todo por esta carta! ¡Por esta car-

ta,—se dijo muy quedito—que tengo aquí en mi devocionario, y que tal vez no contendrá más de seis líneas, que acaso no dirá más que unas cuantas tonterías. . . . ¡Ea! ¡Ya la veré!

Sacó la carta, estrujándola nerviosamente, aunque con temor de hacerla pedazos, y se la guardó en el bolsillo de la falda.

¡Cuánto había durado aquella lucha tenaz con la imaginación indomeñable! ¿Habría pasado ya el sermón? Sí, y la procesión también.

Obsurecía. Las últimas luces de la tarde penetraban en el templo por las altas ventanas de la cúpula y del crucero; las sombras agrupadas atrás, á la entrada, en el extremo de las naves procesionales, esperaban el instante en que debían precipitarse para señorearse del templo; humo fragante inundaba el sagrado recinto y subía pesadamente hacia las bóvedas; preludiaba el coro himno sublime de incomparable misterioso sentido; juntas las pértigas y plegada el velo era abatido el palio; y el sacerdote se disponía á dar la bendición con el Santísimo.

Margarita inclinó la frente. El órgano lanzó raudales de sacras armonías; resonaron címbalos solemnes; estallaron en atronadora música las campanillas; volvióse al preste, en cuyos ricos ornamentos

chispeaban brillos y luces, y entre relámpagos y armonías, y entre aromas y nubes, lentamente, lentamente, como un sol que se va, que se aleja y que se pierde en las inmensidades del espacio, apareció un disco radioso,—en cuyo centro, y como nimbada de celestes claridades, era flor de plata el Pan Eucarístico,—un disco de oro que sostenido por unas manos trémulas ascendió, bajó, volvió á subir, fué de un lado á otro hasta trazar una cruz, y luego se ocultó, dejando centellante reflejo, en medio de una gloria deslumbradora, entre una nube blanquísima y fragante.

